

“SIGO SIENDO MADERO, UN MADERO DE PURA CEPA”

Entrevista

Jesús García Ramos

Jefe Superior de Policía de Castilla y León

Por Franca Velasco



Empecemos por el final.

El jefe superior de Policía nos acompaña a la salida de las dependencias policiales de la calle Felipe II, donde acabamos de entrevistarle.

Saluda afablemente a quienes se cruzan en nuestro camino escaleras abajo, nos cuenta que un imponente mueble de madera que ocupa una pared en el pasillo fue rescatado de algún lugar recóndito donde había sido olvidado, y luego, con su generosa sonrisa y sus ojos transparentes, nos estrecha las manos, agradeciéndonos el rato que, en realidad, nos ha regalado él a nosotros.

Cuando salimos a la calle, sin darnos cuenta, nos une el sentimiento común de que hay personas que te ayudan a reconciliarte

con el ser humano, y que, como pequeñas barquitas en un inmenso océano, demuestran que es posible que a los más altos puestos de responsabilidad lleguen también gentes sin apenas afanes, ni ambiciones, más allá de la de servir a los demás y ser feliz haciéndolo.

Pero regresemos al principio.

Jesús García Ramos ronda los sesenta años y lleva ya más de cinco al frente de la Jefatura Superior de Policía de Castilla y León, después de haber pasado muchos otros como comisario en Burgos y jefe del 091 de Madrid.

Acude a recibirnos a la puerta de su despacho con los brazos muy despegados del tron-

co, casi como se saluda a los amigos de toda la vida, aunque sea la primera vez que nos veamos, y esa manera de proceder, abierta y campechana, que muchos jamás hubiéramos asociado a la del jefe superior de Policía de ningún sitio, acompaña toda la conversación, que transcurre entre fotos, primero en su mesa de trabajo, en la que contamos al menos tres teléfonos, y después en los sofás en los que amablemente nos invita a sentarnos.

Hemos leído que su opción por la Policía fue algo absolutamente vocacional. ¿Le ha defraudado la profesión?

No. De pequeño me crié en un mundo, digamos que no marginal, pero parecido. Estamos hablando de finales los años 50, la dictadura, familias humildes que pasaban penurias. Mi abuelo vendía alpargatas en las ferias por la época estival, era el mundo de la venta ambulante y de los feriantes, así que conocí ese mundo, donde te buscabas la vida como podías. De ese mundo venía, pero yo quería estudiar, así que trabajé descargando sacos de cemento para poderme pagar los estudios de Magisterio, que era lo menos costoso, porque me llamaba la honradez y superarme. Recuerdo que compramos una tele y salía aquella serie de Eliot Ness, Los Intocables. Tuve claro que no me gustaban los trileros, porque mi conciencia no iba por ahí, y que me llamaba luchar contra eso. Después de Magisterio, cuando pude me metí en la Policía. Y todo lo que he vivido no ha cambiado mi vocación. Sigo siendo madero, y además, de caoba, por mayor, no por otra cosa. Soy madero de pura cepa y no me molesta que me lo digan, porque llevo toda la vida persiguiendo la delincuencia. No obs-

tante seguí estudiando y en 1985 logré el grado de Licenciatura en Filología Románica.

¿Y qué opina su familia de su profesión, y de lo que usted mismo ha calificado de “total dedicación”?

Estoy casado desde el año 85 y actualmente no tenemos hijos, ya que el único que tuvimos falleció en 1988, así que somos solo los dos, y eso nos ha permitido viajar, pedir destinos, estar dispuestos a movernos sin tener nada que nos arraigue. Mi mujer lo ha admitido, pero efectivamente, está deseando que me jubile para poderme dedicar a ella. Esta región son nueve provincias, y muchos viajes, y ella me echa mucho de menos. Se queja de que el teléfono suene ocho o diez veces al mes a las tres, cuatro, cinco de la mañana, cuando ocurre un suceso en cualquiera de las nueve provincias: Gaspar Arroyo, por ejemplo, o la bomba de Burgos en el cuartel de la Guardia Civil, que me obliga a levantarme, ponerme el uniforme y marchar.

¿Estos han sido algunos de los momentos más difíciles de su carrera, o los ha habido peores?

Ha habido peores. Cuando accedí a comisario en el año 1990, era el jefe del 091 de Madrid, a cargo de 150 unidades de radiopatrulla, y yo era el Zeta Cero. Era una unidad muy potente, con casi 1.200 personas bajo mi mando, y aquello fue un reto, y además una época dura de atentados de ETA. Viví 14 ó 16 atentados, muy famosos, como el de Irene Villa, y los otros dos que hubo esa misma mañana, otro muy traumático, de gente de mi unidad, que fue el del furgón de Caballería que iba a montar servicio un domingo en el campo de fútbol del Atlético de Madrid... y entonces rara era la noche que no había una llamada problemática, con complicaciones, atentados, muertos... era una unidad muy operativa, muy peligrosa, de combate, de primera línea, de estar todo el día en la calle, y esa época para mí fue muy interesante, de mucha ilusión, aunque comieras de pincho o estuvieras dos días sin dormir y acabaras durmiéndote en un restaurante, cuando no puedes más, pero para mi mujer fue traumatizante.

Antes de Valladolid, ha tenido otros destinos, en Madrid —donde nació—



y en Burgos. ¿Qué diferencia a estas ciudades, desde el punto de vista de la seguridad, según su experiencia?

El destino más peligroso fue Madrid, sin duda. Allí tengo una anécdota, una vez que escapé de la muerte con una bomba trampa. Era la primera vez que ETA enviaba paquetes bomba que se activaban a través de célula fotoeléctrica. Estaba entonces Corcuera de ministro. Fue en una empresa de reparto de Villaverde. Se aisló, y yo era el encargado del cordón operativo, que evitaba que entrara nadie. Cuando llegaron los TEDAX, me quise quedar a ver cómo desactivaban la bomba, pero no me dejaron, me pidieron que regresara, porque según el protocolo, debía quedarme en el cordón de seguridad, que estaba a unos cien metros. El inspector, que fue uno de los que fallecieron, me dijo: “esto es cosa nuestra, así que aquí no te quedas a cotillear”. Según salía, la bomba explotó. La onda expansiva me tiró, pero volví y vi el desastre. Murieron tres compañeros, y yo escapé por segundos. Pensé “he vuelto a vivir”, gracias a aquel inspector que me mandó a mi sitio.

Ha escrito usted un libro sobre el lenguaje de los chorizos. ¿Hasta qué punto es útil para un policía entenderse con ellos?

Dirigirte a ellos en su idioma, y conocerlos, desde luego que es una ventaja. Hay anécdotas curiosas. Recuerdo que cuando estaba en Fuencarral, había poblados gitanos en los años 80, como el Cerro de las Lie-

bres, que ya han desaparecido, donde se vendía droga. El que es ahora director adjunto operativo quería hacer un registro en una chabola que era el supermercado de la droga. Se preparó un follón allí, una pelea, por la actitud hostil del patriarca hacia el registro. Mi compañero preguntó a qué se debía esto, y el patriarca respondió: “A nosotros na más que nos enregistra don Jesús”. De alguna forma, había con ellos una especie de complicidad, de relación, porque sabían que venían a verme y siempre había diálogo, e incluso podíamos tomarnos un café. Venían buscando únicamente un trato humano, y para ellos, “don Jesús”, que comprendía su mundo y su cultura, y había vivido como ellos, era la persona de referencia. Aunque la ley es la ley y con ellos no se puede negociar, sí puedes sentarte a hablar y facilitarles las cosas, no dilatar los tiempos, no provocarle más perjuicios de los que ya tiene, y a cambio, si él algún día te puede hacer algún favor, te lo hace, porque sabe que eres buena gente. Están acostumbrados a un trato degradante, y cuando se les trata de otra manera, lo agradecen.

¿Se ha incrementado el número de delitos con la crisis?

Se nota algo, pero no mucho. Este año, en Castilla y León, contra todo pronóstico, no está subiendo, al contrario, está bajando. Poco, pero algo baja. Hubo un principio que sí notamos algo más de hurtos de comestibles en hipermercados, gente marginal que se llevaba artículos de alimenta-

ción, pero fue un pequeño repunte. Ahora hay lo de siempre: carteristas, los que hurtan ropa, algunos robos con fuerza, pero que los llevan a cabo bandas que radican en Madrid y son “delincuencia exportada”, que no son de aquí, sino que vienen a alborotar el gallinero.

¿Diría que Valladolid es una ciudad tranquila?

No es conflictiva. Tiene una delincuencia normal, la que puede tener una capital cualquiera de más de 300.000 habitantes. Hay, como digo, delinquentes que se trasladan aquí una temporada, y cuando ya tienen varios juicios de faltas o les hemos pillado cuatro veces, se vuelven a Madrid. Eso sí, sigue siendo un sitio donde te pueden quitar la cartera en el autobús, y tenemos las típicas señoritas con buena pinta, que parece que tienen más dinero que tú y que entran en Zara, o en Blanco, como a comprar ropa, pero te quitan el monedero. Aquí aún existe ese antiguo carterista, limpio, que no utiliza la violencia, que no te saca la navaja, y mucho hurto al descuido en bares de copas, que conviene denunciar; porque eso nos ayuda a elaborar un mapa de trabajo, es un dato objetivo que nos da información sobre quién se mueve, cómo y dónde.

No obstante, la prensa ha publicado hace poco que desde los años 80, hay 9 asesinatos sin resolver en Valladolid. ¿Pasado este tiempo, diría que esos casos son imposibles de esclarecer?

Se sigue trabajando en ellos. En Burgos, por ejemplo, el crimen de Laura Domingo, en el 91, que sigue sin resolver; cuando llegué yo, se encontraba en bajada. Esto tiene picos. Se había investigado y no había salido nada. Vecinos y periodistas pedían que no se olvidara, una reivindicación justa. En el 98, un inspector mío hizo una investigación profunda sobre el tema y se acusó a una persona, que al final tampoco fue, pero volvió el momento mediático y se reactivó. A raíz de aquello de nuevo decayó, y ya estando yo aquí, en Valladolid, volvió a la actualidad, porque se tomó declaración a un tío de la niña. Es decir, esto no duerme nunca. Resurge en base a algún indicio que surge un día, o a que lo retome alguien de



Jesús García Ramos durante la entrevista.

relevo, e inicie una nueva línea de investigación. Esos casos nunca se cierran. Nosotros no archivamos, archiva el juez.

¿Es fluida la relación con los juzgados, los fiscales y los jueces?

Debe ser y suele ser. Aquí tenemos un gran jefe de la Policía Judicial, que es Ángel Martín Calvo, que tiene gran credibilidad ante jueces y fiscales, un hombre legal, serio, riguroso, que goza de fiabilidad, y al que los jueces hacen caso. Lo dijo en su despedida el fiscal jefe, Luis María, que la relación aquí es buena por el perfil de los personajes, gente con la que se puede tratar. Se ha visto en el caso de los Monchines, por ejemplo, en el que ha habido gran coordinación entre todos.

Dijo usted en su toma de posesión que llegaba con la intención de cooperar y colaborar con colectivos sociales. ¿Ha sido fácil?

No siempre ha sido fácil. Todo tiene su historia, y pondré un ejemplo. Ahí tenemos la asociación de vecinos de Pajarillos, que siempre han sido muy belicistas con su reivindicación, totalmente lógica y justa. Cuando yo llegué y me di una vuelta por allí, enseguida vi claro que se vendía droga, era evidente, pero no era de recibo que la pelea no fuera contra el narcotraficante, sino entre nosotros. El asunto era tenso. El malo era el narcotraficante, no la Policía. El aliado del vecino era la Policía, y el de la Policía, el vecino. Y nunca se habían reunido,

sino que sólo habían ido a los juzgados, unos contra otros. Eso me costó a mí hablar mucho con ellos, y acabé dando una conferencia en Pajarillos, en la que me aplaudieron. Desde entonces, la relación con ellos es de colaboración, y gracias a la coordinación con la Judicatura, están en la cárcel los principales narcotraficantes.

¿Y con los abogados? ¿Cuál es la relación de la policía?

No es por hacerlos la pelota, pero creo que el Derecho se fundamenta en el abogado, porque a lo mejor mañana me tenéis que defender a mí. Yo mañana puedo tener un problema, meter la pata, que alguien me denuncie, y entonces tengo que recurrir a un abogado, de quien dependerán mis intereses. El Estado de Derecho se centra en la presunción de inocencia, y ¿quién te la puede defender, si no es el abogado? Con la institución del Colegio de Abogados tampoco ha habido nunca problemas. Puede haber dos personas que choquen, pero suelen ser problemas personales, uno del Madrid y otro del “Atleti”, no de las instituciones.

¿Cómo cree que se ve desde fuera la Policía? ¿Tenemos una imagen acertada de lo que es?

La imagen del ciudadano con respecto a la Policía va mejorando con el tiempo. Yo he conocido todas las épocas. Entré en los años 70, con Franco, y la Policía entonces era represiva, era la época de “los grises”, con lo cual, estaba mal vista. En la Transición empieza a reciclarse, pero el pueblo no está convencido de que la Policía se recicle, porque siempre ha sido dictatorial. Ahora, los más reticentes se han ido jubilando, y los que quedamos de aquella época, que ya entonces éramos los “rojillos”, entre comillas, “los sindicalistas”, tenemos la mentalidad adaptada a la democracia. Ahora, la gente ya empieza a vernos de otra forma. Nos ven como algo necesario, que está ahí para defenderles, como decía antes de los abogados. Ya la Policía no es el malo, no es una élite, nos conocemos todos, y nos ven más cercanos. De hecho, en las encuestas, que imagino que son objetivas, estamos muy bien valorados, como la Monarquía. De aquello sólo queda el recuerdo de “Cuéntame”.